

CAMBIOS ESTRUCTURALES Y CLASES SOCIALES EN LA CRISIS POLÍTICA ARGENTINA

ROBERTO CORTÉS CONDE,
*de la Universidad Nacional del Litoral,
Santa Fe, Argentina*

DOS HECHOS se encuentran en el fondo de la prolongada y compleja crisis política argentina. Uno se refiere a las estructuras socio-económicas y tiene que ver con un país que comenzó su etapa de industrialización pero que, por circunstancias de distinta índole (que no analizaremos aquí) llegó a un punto de estrangulamiento en el que se mantiene desde hace quince años. El otro trata de una dimensión de poder y quizá es mucho más complicado.¹

Porque de algún modo, en la sociedad argentina existe una particular no contemporaneidad entre los cambios en los niveles económicos y sus expresiones políticas. La industrialización (y puede que en ella se encuentre alguno de los motivos de su fracaso) no fue acompañada por un desplazamiento de poder de los grupos agropecuarios tradicionalmente dominantes.² Los efectos perdurables de la estructura se prolongaron más allá de las modificaciones producidas por la diferente participación en el producto concluyendo en una larga y muchas veces conflictiva participación en el poder de dos grupos sociales dominantes. El agropecuario desafiado desde la segunda década del siglo por los sectores medios, conservó, pese a las situaciones cambiantes, fuertes elementos de poder (y entre ellos el no menos importante: la tierra, ya que a través de medio siglo logró mantener prácticamente intacta la estructura de la propiedad). Sin embargo, debió aceptar la cogestión de los nuevos sectores industriales que no ganaron poder político en la misma medida

que obtuvieron poder económico. Pero todo estaría más o menos claro si se tratara solamente de los conflictos generados por los enfrentamientos de los grupos dominantes (agropecuario e industrial). El problema básicamente es otro, y más grave.

Trata sin duda de la presencia de un sector relativamente nuevo (nuevo para la vida política institucionalizada) "movilizado" en la década de expansión de los años cuarenta y cuya integración en un orden de cosas que se quiere hacer aparecer como legítimo, es fuente de las situaciones más agudas y conflictivas. Porque, de algún modo, lo que se expresa en el conflicto diario no es el enfrentamiento de los sectores dominantes con los sectores obreros marginales,³ cuyo marginamiento constituye el problema de fondo, sino el cotidiano choque de los sectores dominantes por controlar el poder y admitir o no la participación de los sectores obreros recientes. Mientras que unos se pronuncian por la exclusión, otros optan por una integración que permita resolver el conflicto dentro de las vías legitimizadas a fin de impedir salidas insurreccionales. Porque, por lo demás, necesitan de su apoyo para ganar poder frente a los grupos más tradicionales.

En esta dimensión tenemos entonces dos niveles distintos. Uno se remonta a varias décadas atrás y trata del conflicto de poder entre sectores medios y altos, sus relaciones, alianzas y enfrentamientos. Principia en 1916 y tiene momentos de ruptura: el 30, el 43, el 55 y el 62 y en alguna medida persiste hoy.⁴ El otro —entendemos que dada la dinámica del proceso y aunque no se perciba así es decisivo— se refiere a la integración o no de la clase obrera hoy excluida. Conflicto que se confunde con el anterior en la medida en que los sectores dominantes tienen distintas actitudes sobre los niveles de participación que se les pueden permitir. Pero no sólo en ellos se dan posiciones distintas respecto a la participación de los sectores populares recientes en las estructuras legitimizadas de poder. Las diferencias se manifiestan en los mismos sectores y en los partidos que pretenden expresarlos (y ello tiene que ver con la posición

reformista e insurrección que adoptan). Obviamente el peronismo fue para los grupos obreros recientes el canal de participación en las estructuras de poder de la sociedad. La ruptura del 55 dejó una vacancia que los esfuerzos de herederos e imitadores no pudieron llenar. El conflicto es serio porque la aparente tregua de hoy, tras dos años de angustias, crisis y tanques en las calles, constituye una tregua entre los grupos dominantes enfrentados, pero el problema que crea la exclusión de los sectores obreros no está resuelto.⁵

Desde hace ocho años éstos, que reúnen alrededor de un 30 % de la población, se encuentran al margen de la política institucionalizada y sólo se les admite dentro de las muy limitadas reglas de juego del adversario. Esta situación paradójica se manifiesta en la existencia de una masa de más de dos millones de votos sin destinatario que causa las más serias preocupaciones (y avideces). Los esfuerzos por integrarla terminaron, hasta ahora, en rotundos fracasos ante el menor asomo de una actitud independiente. Porque por otra parte, la fragmentación política de los sectores medios y altos y sus enfrentamientos frente al cohesivo voto de la clase obrera, condujo siempre a notorias mayorías de ésta, provocando lógico temor en los sectores dominantes que entienden —con razón— que el poder político es una dimensión principal del poder total.

Así ocurrió en marzo de 1962 cuando, imponiendo a Perón una actitud que no deseaba, los grupos sindicales del peronismo, forzaron una elección que ganaron ampliamente siendo la causa (una de las principales pero no la única) de la caída de Arturo Frondizi y de estos dos últimos años de crisis sucesivas.

Claro que en 1962 no se trató del ascenso de la clase obrera al poder, como se apresuró a manifestar el frustrado y complaciente gobernador Framini. Continuó siendo un conflicto entre dos grupos dominantes sobre la aceptación de la coparticipación en el poder de los recientes sectores populares y, más concretamente, un problema sobre la legitimidad o no de las alianzas entre uno de los sectores de la burguesía con los grupos populares.

El conflicto se repitió en los agitados meses que precedieron a las elecciones del 7 de julio de 1963. La conducta de quienes detentaban el poder real demostró que *sólo estaban dispuestos a aceptar la cogestión en el poder político a los sectores medios cuando éstos se encontraran totalmente desvinculados de la clase obrera.*⁶ Lo que explica el airado y temido rechazo de todas las alianzas de la burguesía con sectores populares (aunque fuera estructurada desde arriba) y el casi irracional veto al proyectado Frente Nacional que, arrastrando tras sí a los partidos justicialistas, hizo cuanto fue necesario para demostrar su vocación derechista, quizá más acentuada que la de los mismos impugnantes. Porque a pesar de dicha vocación derechista, toda alianza que se estructure con el apoyo de la clase obrera (aunque a su pesar), no es confiable para los sectores dominantes. Y quizá tenga razón porque finalmente no es tan seguro que los grupos aceptables logren controlar siempre la alianza, manteniendo a quienes no lo son, como amenaza potencial para ganar posiciones frente al otro sector de poder.

Y esto es en alguna medida así, porque en otro sentido es más o menos suicida el marginamiento a largo plazo de la clase obrera. Históricamente está más o menos probado que nada favoreció posiciones más radicalizantes y la quiebra de un sistema, que situaciones como ésas.

Cuando empieza 1964 y otro partido radical gobierna (en este caso no contaminado con tendencias populistas; se trata también de sectores medios pero mucho más cercanos ideológica y socialmente a los grupos tradicionales) cabe hacer una caracterización del proceso y de los grupos sociales y políticos que actúan en él.

En un primer intento insistimos en el ya anotado desajuste entre el grado de desarrollo industrial al que no corresponde una estructura política industrialista, pues en su mayor parte los grupos políticos tradicionalmente agropecuarios mantienen los resortes del poder.

Los cambios producidos en la economía mundial a partir de 1930, de algún modo previstos desde el final de la primera guerra mundial, tuvieron consecuencias decisivas sobre la es-

estructura económica argentina reflejándose en los cambios en las posiciones relativas de las clases sociales.

Al interrumpirse la demanda mundial de productos de alimentación que promoviera la expansión del periodo anterior (1870-1930) fuente de poder y riqueza del sector terrateniente, el vuelco hacia el mercado interno desarrolló otros grupos sociales especialmente manufactureros.

Pero también modificó las influencias relativas de las potencias extranjeras y sus alianzas con los grupos locales que, de algún modo, expresaron los cambios producidos en las relaciones comerciales internacionales. Mientras que en el siglo XIX Gran Bretaña prevaleció en los mercados mundiales un modelo de particular especialización, en la tercera década de este siglo Estados Unidos ocupó la posición dominante. La estructura del comercio mundial se modificó y ya no hubo posibilidad de continuar la complementación económica que vinculara de modo tan estrecho a Argentina y Gran Bretaña en la *belle époque*.

Esto se reflejó también sobre las estructuras políticas, porque otras clases tuvieron intereses vinculados a la nueva estructuración de la economía mundial.

La nueva situación, es decir, el desplazamiento de los factores externos y el relativo vuelco hacia el mercado interno, se expresó también en la aparición de nuevas fuerzas políticas.

El peronismo, en la medida en que fue una alianza populista de sectores de la clase obrera recién emigrada del interior, de grupos industriales nacidos bajo la protección que la relativa autarquía que la crisis y luego la guerra provocaron y, finalmente, de algunos sectores militares de cierta tradición más que nacionalista fascizante, pero que, de algún modo, pudieron actuar como élite dirigente ya que su antiliberalismo se identificaba con las necesidades reales de los nuevos grupos en expansión, fue quizá la expresión política más acabada aunque no menos inestable del fenómeno.

No sucedió lo mismo con los partidos tradicionales de izquierda que, aún manejando una ideología más igualitaria, no tuvieron posibilidades de identificarse con los grupos del

proletariado reciente, en la medida en que sus valores tenían un común y compartido marco de referencia liberal con los grupos dominantes.

Pero los desplazamientos de influencias entre los grandes países altamente industrializados y la mayor autarquía que la nueva situación económica exigió, no implicó necesariamente que el factor externo desapareciera.

Probablemente el vuelco hacia el mercado interno se vincula a otro tipo de dependencia. El hecho de que el modelo tradicional de dominación basado en el comercio exterior perdiera eficacia (en la medida de las modificaciones anotadas en la economía mundial referidas a la peculiar forma de expansión de la industria en Gran Bretaña) no quiere decir que no hayan surgido otros. Distinguir la nueva forma en que la dominación se manifiesta sirve para determinar las particulares vinculaciones que puedan mantener los grupos de la burguesía industrial con la potencia externa dominante, vinculación que en este último caso puede darse a través de la provisión de máquinas o bienes semielaborados que la producción local se ocupa de terminar o créditos para reequipamiento, etc.

Esto es importante pues si en alguna medida los intereses de los grupos industriales chocaban con una complementación como la que históricamente quedó condicionada por la expansión británica puede que no tenga, en cambio, intereses contradictorios con un tipo de expansión industrial como la norteamericana. Habría que revisar entonces el tradicional modelo de dominación a la que muchos economistas e historiadores están acostumbrados. Pero revisarlo no quiere decir que el "efecto de dominación" pueda ser desechado como variable de análisis.

Claro que la mayor parte de las empresas que registra la Cámara de Comercio de los Estados Unidos en la Argentina tienen poco que ver con las empresas extranjeras tradicionalmente exportadoras. Pero hay más de una razón para creer que este tipo de inversión tampoco favorece —a largo plazo— una armónica expansión de la economía del país receptor.

Aunque el problema no es tema de este artículo interesa anotar los diferentes anclajes que tiene cada uno de los sectores de la burguesía local pues esto da características complejas, difíciles y no siempre comprendidas al largo conflicto que ambos grupos mantienen. Crisis que en los dos últimos años puso al sistema al borde de la quiebra descubriendo a los sectores populares la falacia de estructuras institucionales sólo formalmente vigentes y mostrando en su más cruda desnudez que los problemas políticos son un puro problema de poder y que las normas rigen en la medida en que lo tiene o no. Situación agravada por la evidente torpeza de quienes quieren mantener permanentemente al margen a los sectores populares aún en sus expresiones más inofensivas. En la medida en que las estructuras no ofrecen canales legítimos de participación a las clases populares, la llevan lógicamente a negar las bases mismas del sistema y a discutir su legitimidad. Y esto es lo que de algún modo ha sucedido últimamente confundiendo a algunos grupos de la izquierda infantil, que creen ver en este hecho el anuncio de un inminente cambio revolucionario. Esto no es así, se nos ocurre, porque a la estupidez suicida de la derecha corresponde una real incapacidad de la izquierda para comprender y dirigir el proceso. Ya que no sólo se requiere que la clase obrera adquiriera conciencia de la situación que define como revolucionaria y de sus objetivos. Se necesitan también estructuras organizadas que la canalicen y una elección acertada de los medios, racional para los fines propuestos. Y la izquierda, por ahora (para tranquilidad de los sectores dominantes) está muy lejos de haberlo alcanzado.

Por lo demás —aunque en permanente conflicto— los sectores de la burguesía son todavía muy fuertes y mantienen recursos poderosos como para permitir sin resistir su desplazamiento y finalmente, cuando la situación se convierte en realmente peligrosa, vuelven a unificarse. Tampoco sus intereses están tan contrapuestos como para sacrificar la subsistencia misma del sistema. La percepción de una situación como revolucionaria y la ausencia de alternativas racionales para superarla, puede, en cambio, conducir a los sectores

de la clase obrera a un creciente desinterés por la política y quizá algunos procesos anómicos. De ser así, eventualmente, podría llegar a ser aprovechada por movimientos de algún modo autoritarios. Puede ser que la existencia de un poderoso movimiento sindical haya sido el obstáculo principal a que se dieran consecuencias de este orden.

A esta altura las mismas tendencias del desarrollo económico hacen cada vez más difíciles o muy inestables las alianzas populistas del tipo de lo que fue el peronismo o lo que pretendió ser el Frente Nacional (y que por supuesto ni lejanamente llegó a serlo, aunque en las declaraciones de Frondizi era evidente ese propósito). Lo más probable —a pesar de todo— es que dado el grado de desarrollo industrial y su creciente madurez ideológica y organizativa, la clase obrera busque un camino propio. No se puede prever qué estructura política surgirá de allí y aunque esté mezclada con las formas peronistas difícilmente vaya a ser el peronismo policlasista que conocimos. Tampoco es fácil que los actuales partidos de izquierda la expresen.

Pero las perspectivas futuras de los sectores populares dependen mucho de que se mantenga o no su actual exclusión del campo político legitimizado. Señalamos ya que el hecho de que alrededor de un 30 % de la población rechace como legítimo a un sistema político lo convierte en altamente inestable y amenaza su misma subsistencia.

La exclusión puede conducir a una salida revolucionaria e insurreccional de los sectores marginados o, de lo contrario, al establecimiento de una dictadura estable y manifiesta de los partidarios de la exclusión (el gobierno fuerte sin elecciones propugnado por las diversas soluciones del "coloradismo").

La ampliación de la participación aceptando a los sectores populares dentro del juego del sistema puede contribuir a su estabilidad, aunque no hay que descartar un período de tensiones mientras dure el ajuste y se vuelva suficientemente flexible como para aceptar el conflicto y canalizarlo institucionalmente. Tensiones y enfrentamientos que probablemente surgirán muy pronto entre los mismos grupos

dominantes cuando en 1965 se plantea nuevamente la participación electoral de las clases populares y sus organizaciones políticas (el justicialismo).

El problema de la participación obrera se vuelve más complicado en relación a las formas que pueda tomar, es decir, si se dará en alianzas o por canales independientes. Aquí el punto del conflicto se centra en la posición de los sectores medios defensores de la competencia, siempre que se exprese en coaliciones (que por supuesto sean con ellos mismos y que en cambio son subrepticios partidarios de la proscripción cuando advierten una actitud independiente de los sectores populares.

En otro orden de cosas la anotada inestabilidad fomentó en los últimos tiempos un proceso de autoritarismo en los sectores medios especialmente tradicionales (maestros, empleados, burócratas, jubilados, todos generalmente mal pagados) que se vieron amenazados por la quiebra del sistema. Presionados por un lado por el sector obrero más organizado y por el otro por intereses económicos poderosos, los antiguos liberales se inclinaron por soluciones de fuerza y gobierno dictatoriales. Fueron así masa de apoyo del "gorilismo", "coloradismo", de la frustrada experiencia "moralizadora" del general Rauch⁷ y posiblemente cuente con ellos cualquier solución de fuerza en el futuro argentino.⁸ Los elementos de inestabilidad del subsistema político se confunden con la difícil situación económica. La necesidad de salir del actual estancamiento es demasiado obvia pero no se advierte qué grupo social puede dirigir un programa de desarrollo que saque al país del actual punto de estrangulamiento.

En la medida que todo plan de desarrollo, en las actuales condiciones del comercio y la producción mundiales, implica la exigencia de industrialización es más probable que no interese al sector tradicional agropecuario y en cambio sí a los industriales a la clase obrera. En qué medida un compromiso entre éstos últimos pueda impulsarlo es difícil establecerlo aquí. Sin embargo creemos que la debilidad organizadora y política de los sectores industriales que en 1958 intentaron un programa semejante fracasado casi al empezar por

su temor a los sectores populares (por el que entregaron la conducción económica a los grupos tradicionales agropecuarios), hace suponer que sea menos que probable.

Por lo pronto tras la experiencia de los últimos años es más o menos razonable que los sectores populares duden de la eficiencia de un liderazgo ajeno (especialmente de los sectores medios industriales) e inclusive de una alianza más o menos duradera con éstos. De ser así los proyectos políticos que para el futuro tiene el depuesto presidente Frondizi estarían condenados al fracaso.

La variante nasserista (coalición obrero-militar, con liderazgo de estos últimos) es otra alternativa posible aunque también difícil, en razón de que los canales de comunicación entre sectores militares y sindicales, a pesar de haberse reanudado, son desde 1955 poco frecuentes.

Finalmente quedaría la posibilidad de que fueran los mismos sectores populares los que ejercieran el liderazgo en una política de industrialización. Puede argüirse que carecen por ahora de madurez suficiente ¿pero la tienen acaso los políticos o los militares? Las alternativas son varias y a esta altura están más allá de lo previsible y en un campo totalmente conjetural.

Argentina en 1964 muestra una situación demasiado fluida. La búsqueda de un equilibrio estable demanda el conocimiento de cada uno de los factores en juego. En algunos casos ellos derivan de circunstancias internas, en otros están condicionados por la particular coyuntura internacional a la que el país es especialmente sensible.

NOTAS

¹ Aunque desde el punto de vista del análisis pertenecen a dimensiones distintas, se confunden a diario, provocando creciente desconcierto y haciendo más difícil, para el examen, el curiosamente desviado caso argentino.

² Por comodidad llamamos tradicionales agropecuarios o altas al estrato más antiguo de los sectores dominantes; medios industriales a los más recientes y a ambos: sectores dominantes, indistintamente.

3 En efecto durante todo 1962 y parte de 1963 las tensiones y choques fueron graves entre los dos grupos dominantes, mientras que la clase obrera estuvo totalmente fuera del problema y aún el 7 de julio votó en blanco o se abstuvo.

4 En el 43 consideramos que el movimiento militar expresó a sectores medios. El 30, el 55 y el 62 los sectores más tradicionales recuperaron posiciones perdidas.

5 Una elección anulada debido al triunfo de los partidos justicialistas —marzo de 1962— con su secuela: el posterior derrocamiento del gobierno constitucional, en medio de dos elecciones —1960 y 1963— donde se registró un porcentaje de votos en blanco superior al 20 % del total (sin contar las abstenciones) señalan la inestabilidad de la situación y la debilidad institucional argentina. Consideramos los votos en blanco como indicadores del marginamiento (provocado o automantenido pero de todos modos señala el rechazo de la legitimidad del sistema).

6 Esto lleva a excluir inclusive a sectores medios y/o sus representantes si están contaminados o sospechados de apoyo popular. Así se desprende de los últimos decretos pre-electorales del gobierno del Dr. Guido.

7 Ministro del Interior del gobierno del casi "de facto" presidente Guido.

8 LIPSET, Seymour Martin, *El hombre político*. Buenos Aires, EUDEBA, 1964, Cap. V. Hace un estudio del vuelco de la clase media del liberalismo hacia el fascismo.